

Las Tres Brujas Niñas

Simón León





Presenta

Colección



A sangre

Las Tres Brujas Niñas



Simón León

Créditos:

Las tres brujas niñas

Primera edición digital: marzo 2016

Código: 9785400038635050068

Autor: Simón León

Antologista: Ezequiel Dellutri

Ilustración de portada: Verónica Leonetti

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A

CP 50006 Zaragoza

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Al Frío, por enseñarme que las historias muertas
valen más que las vivas.
Simón León

A la máscara de Simón León, por gritar lo que los
cobardes no se atreven a susurrar.
Ezequiel Dellutri

Invocación

PROLOGAL

Estoy sentado frente a mi máquina de escribir. Delante de mí, las tres Brujas Niñas me observan. Son escuálidas como renacuajos secados al sol, con sus ojos de abismo y esa mirada perdida de quien ha visto demasiado. Parecen niñas, es cierto, pero yo las sé viejas.

¿Me considerará un cobarde el lector si digo que les temo? Cada noche, cuando bajo al sótano para comenzar a escribir, siento terror al pensar que tal vez se hayan ido. Sin embargo, cuando la luz se enciende y veo sus vestidos blancos y sucios como viejas mortajas, se apodera de mí un horror aún mayor.

Ellas me hablan, me cuentan historias. Su aliento huele a gusanos, a formol, a tierra removida. Pero yo las escucho y escribo cada palabra. Así, el relato va creciendo como una enredadera. Dulce imagen, pero esta madre selva es carnívora, se alimenta de sangre y carne. De mi sangre y carne.

¿De dónde han salido? No lo sé. Alguien me ha dicho que nacieron de la unión entre el diablo y una doncella, que tienen mil años y que tal vez nunca mueran. Ellas cuentan sus fábulas a quien quiera oír-las, solo que hay que ser o muy valiente o muy tonto para hacerlo, porque sus relatos parecen fantasías, pero no lo son.

—¿Qué tienen para mí esta noche? —les digo y, aunque he repetido mil veces la frase, aún no he logrado controlar el temblor que se escapa de mi voz cada vez que les hablo.

—Una historia de aparecidos...

—Una historia de monstruos...

—Una historia de muerte...

Y ríen como niñas primero y como demonios después. Nunca sabré por qué los griegos las imaginaron bellas.

SIMÓN LEÓN

Mariana

PRIMER RELATO DE LA BRUJAS NIÑAS

Vos lo sabés bien, Mariana.

Acá siempre es de noche. No hay mañanas, ni tardes, ni mediodías. Acá siempre es la noche más profunda.

Noche de féretros cerrados.

Noche de tumbas recién hechas.

Noche de carne amoratada.

Noche de encías sin dientes.

Acá siempre es de noche. Cuando nos trasladan a la sala de torturas, nos colocan unas capuchas, así que nos resultaba imposible ver la luz del sol. Los guardias vigilan para que siempre sea de noche.

Vos lo sabés bien, Mariana.

Acá siempre es de noche.

Antes éramos muchas, ¿te acordás? Pero la mayoría se han ido. Algunas desaparecieron; otras fueron trasladadas; la mayoría han muerto. No resisten la

tortura. Mueren a causa de la debilidad y de la humillación.

Mariana, desde que desapareciste, no pasa un día sin que ruegue por tu alma. No soy creyente, pero acá se aprende a rezar. ¡Cómo extraño rezar con vos! Ahora lo hago sola; rezo desde que el guardia vino, abrió su mano y me mostró aquello. No pude evitar mirarlo, me horrorizaba, pero no pude evitarlo. Vos me hubieses obligado a cerrar los ojos, pero ya no estabas acá.

Estoy sola y tengo miedo, pero igual rezo por vos.

Rezo cada día pidiéndole a Dios que sea cierto lo que dijo el guardia y que estés muerta y en paz.

Muerta y en paz.

En paz.

Hacía mucho que no traían a nadie.

La arrojaron en el medio de la celda. Estaba desnuda y mojada. Se quedó tirada en el piso de cemento, con las manos en la entrepierna y las rodillas contra el pecho. Vi su piel morena y su cabello negro y supe, a pesar de su mandíbula apretada y de las huellas de las torturas, que era bella. Es raro, Mariana, porque acá la belleza no importa pero igual se-

guimos fijándonos en ella, aunque de una manera más salvaje y primitiva, tal vez pensando que aún en el infierno la hermosura puede tener sus beneficios.

Al principio, no supe qué hacer. Tanto tiempo he pasado aquí adentro que perdí la capacidad de sentir compasión.

—Tranquila —le dije—. Ya va a pasar.

Es mentira, vos lo sabés bien. Pero a pesar de todo, las palabras pueden despertar una esperanza, y en la ecuación de esta tumba, la esperanza es mucho más importante que la verdad.

Un poco después, logró incorporarse. A pesar del frío, se negó a ponerse las ropas que el carcelero le había dejado.

—Esto —me dijo— es igual que la Inquisición.

¿Te acordás del día que me trajeron? Me hablaste de cualquier cosa, de lo que hacíamos afuera. No me hablaste de las interminables torturas, del frío, del hambre... ¿Para qué? ¿Iban nuestras palabras a detenerlos? Vos me recordaste que había otro mundo, un mundo que era necesario no olvidar para evitar caer en la locura.

—¿Qué hacías afuera? —le pregunté.

—Escapaba. Pero me atraparon en el monte.

—¿Estudiabas?

—Sí. Hace mucho tiempo que estudio.

Sus ojos eran alargados y enormes, con las pupilas negras y fijas.

—Soy la séptima hija mujer —me dijo como si aquello fuese una revelación. Yo la miré sin comprender, pero ella ni siquiera intentó explicarse—. ¿Y vos? ¿Qué hacías?

—Yo estudiaba. Recién empezaba...

Me miró a los ojos y rompió a llorar como una niña. Yo sabía lo que significaba aquel llanto: era el quebrantamiento frente a una situación que nos alejaba de lo que habíamos sido para convertirnos en animales.

—El monte era mi terreno, pero aun así ellos me atraparon —dijo entre sollozos—. Era de día y yo estaba débil. Podría haberme defendido, pero no tuve tiempo. Yo creo que se confundieron. No sé por qué me trajeron. Esto es un error, aunque ellos no quieren reconocerlo.

—Ya no pienses en eso. Descansá, que yo te cuido —le dije.

Era nueva, y los primeros días en este infierno no son fáciles. Los demonios caminan por los pasillos, gritan y torturan. Intentan doblegarte para que digas

lo que quieren escuchar, algo que ellos llaman verdad pero que es la mentira del dolor.

Se la llevaron a las pocas horas, cuando aún no estaba recuperada. Es una de sus técnicas para quebrantarte, hacerte sentir que, aunque estás en el infierno, siempre puede ser un poco peor.

La esperé como te esperaba a vos, Mariana. La esperé como vos me esperabas a mí. Nuestras madres están lejos de los muros, tal vez aguardando a que retornemos o creyéndonos muertas. Pero no, no puede ser. Nunca nos creerían muertas. Son madres y siempre tendrán una esperanza. Sufren, vos y yo lo sabemos. Sufren, y ese es uno más de nuestros muchos tormentos.

Por fin, la puerta se abre de nuevo y recibo su cuerpo magullado. No me importa el corte en el labio que no deja de sangrar, no me importa el olor a orina y el sabor a muerte que se escapa de sus labios. Ha vuelto y está viva.

Yo la cuidaré.

Como vos me cuidaste a mí, Mariana; como a veces, yo te cuidé a vos.

Esta vez no llora. Es inteligente. Ha aprendido que no vale la pena hacerlo, que es mejor ocuparse de intentar respirar para salvar la vida. El guardia cierra la puerta con un golpe seco. Coloco su cabeza en mi regazo y mientras le acomodo el pelo pegoteado por los coágulos de sangre, digo:

—Cuando era pequeña, mi mamá me contaba una historia —y comienzo a contra la historia de una princesa buena y una bruja mala.

¿Te acordás del cuento, Mariana? Cuando por las noches el dolor y el frío nos impedían dormir, contábamos esas viejas historias. Hay poder en esos relatos, ahora lo sé. Nos hacían salir de este lugar por unos segundos, nos hacían creer que cuando superaríamos la repugnancia y el dolor, alguien nos liberaría del mal para siempre. Pero ahora lo sabemos, esas historias son solo cuentos de hadas. Mamá quería cuidarnos, y por eso nos mentía. Porque aunque el sapo se convierta en príncipe, nosotras ya nunca seremos las mismas.

Cuando termino el relato, la nueva me mira. Sus ojos están amoratados, llenos de lágrimas, pero no las de desesperación de la noche anterior.

Intenta hablar, pero está tan débil que tengo que acercar el oído a su boca para escucharla.

–Las brujas... las brujas siempre son malas en los cuentos, ¿no? Pero en la realidad... los malos son los reyes y los príncipes... Y las brujas...

Intenta sonreír, pero el dolor no se lo permite. Luego abre sus ojos achinados y suplica:

–Tenemos que... salir... salir de acá...

–Claro que sí. Ya pensaremos cómo hacerlo –le respondo. Pero lo sé muy bien: solo hay una forma de salir de este infierno.

Solo una.

Hace frío.

O mucho frío, o mucho calor. Este infierno funciona sobre el principio de desequilibrio. No hay límites, solo excesos.

Hace frío. Es un frío de muertos, pero nosotras no estamos muertas. Eso quisieran, ¿no es cierto, Mariana? Pero sería demasiado sencillo para las complejas reglas que rigen este lugar.

Hace frío sobre el suelo de cemento. Por debajo de la puerta se cuela una ráfaga de aire que nuestros harapos ya no pueden detener.

La nueva está junto a mí. Las magulladuras se han vuelto moretones de un violeta enfermo y oscuro, pero al menos ya ha recuperado la calma. Hablamos

en susurros, para que no nos escuchen y para que el poco calor que nos queda en el cuerpo no se nos escape por la boca.

–Necesito sal –me dice la nueva sin mirarme–.
Sal y tierra.

–¿Sal y tierra?

–Para salir de acá. Necesito sal y tierra. Hay mucha muerte acá. Mucha. Con sal y tierra yo podría hacer que esa muerte nos saque de acá.

–No entiendo.

–No te pido que entiendas. Créé nomás.

–Ya no tengo fe.

–Pero la tuviste. Alguna vez, cuando tu mamá te contaba esa historia, confiaste en ella... la fe es solo el eco de una voz.

–La voz de mi madre.

–Sal. Y tierra. Solo eso.

El guardia golpea la puerta y nos grita algunos improperios. Ya no decimos nada más.

Pero yo pienso.

Sal y tierra.

Tierra.

Y sal.

La nueva mira la pared. No ha vuelto a mencionar la sal y la tierra, pero no porque se haya olvidado: sabe que no necesita volver a decírmelo, que no he podido dejar de pensar en ello desde que lo dijo. Y lo sabe porque cualquier persona en este infierno se aferraría a la esperanza más estúpida con tal de creer que se puede salir.

—Murieron muchas personas acá —me susurra.

—Dicen que funciona desde hace tres años. No sé cuánto hace que estoy. Ya perdí la cuenta.

El pelo de la nueva brilla. Ayer estaba sucio por la sangre seca, pero hoy está limpio.

—Los muertos son poderosos —dice.

—Sí. Son poderosos. Sirven para acallar a los vivos.

Los días pasan, pero no nos damos cuenta. Puede ser uno o cien, la diferencia es imperceptible. De todos los absolutos que rigen nuestras vidas, el tiempo parece ser el más relativo.

Hasta nuestros cuerpos han dejado de contar los días. Ya no hay ciclos ni períodos; ya no sangramos. Aunque no queramos, ellos ganan. La vida nos trata como muertas.

Cuando menos lo esperamos, sucede eso que tanto temíamos, Mariana. Te acostumbrás a la calma, y entonces comienza de nuevo.

Ni bien escucho mi nombre desde detrás de la puerta, una arcada recorre mi cuerpo y vomito sobre el suelo. Grito desesperada, fuera de mí. La nueva no dice nada, no es como vos, que aun ante lo inevitable intentabas darme esperanza.

Me obligan a ponerme la capucha. Cuando respiro, siento el olor ácido de mi propio vómito. Suplico, pero de nada sirve. Aquí no hay reclamos posibles. Ellos esperan las respuestas que nunca podré darles.

De nuevo en la celda, no puedo dejar de apretar los dientes. Los sitios donde ha pasado la picana laten como si estuvieran vivos. Son expertos. Cuando comprenden que el cuerpo ha llegado a su límite, se detienen solo lo justo para que recuperes tus fuerzas.

Todavía recuerdo aquella vez que nos llevaron juntas, Mariana. Todavía recuerdo aquel horror... No puedo olvidarlo, porque ellos siempre me lo recuerdan.

—Murió sobre esta mesa —me dijo uno de ellos—. No soportó el dolor. Debe de ser terrible. Tanto dolor y ni siquiera poder gritar. Sentir que te ahogás con tu

propia sangre... Debe ser horrendo... –Y entonces, volvió a preguntar–: ¿Dónde están los otros?

Pero no quiero recordar. Me acucillo en la celda. La nueva se acerca y besa mi mejilla allí donde me han hecho el corte. Paladea la sangre que ha quedado en sus labios y siento cómo sus pezones se erigen debajo de los harapos. Ella pasa el dedo por mis magulladuras y solo atino a gemir débilmente. La beso despacio, sin saber por qué lo hago. Luego me recuesto en su regazo mientras ella sigue acariciando mi mejilla. El olor de su sexo se ha despertado, es cálido como una tarde de verano.

–Tienen sal en la sala de torturas –le digo.

–¿Sal?

–Sal gruesa. La usan para ponerla en las heridas. Corta la hemorragia, y causa dolor.

Rompo a llorar.

–Les dije. Les dije donde se escondían.

–Sal –repite la nueva sin hacer caso a mi llanto–. Tenemos que conseguir esa sal.

Sucede al día siguiente. Se la llevan solo por un instante. Escucho sus gritos mucho antes de que llegue a la celda. Cuando abren la puerta y la veo, me parece que la despellejaron viva. Aúlla como si fuese a

morir. Sus lágrimas se mezclan con la sangre que le cubre todo el cuerpo.

No le han arrancado la piel, pero por poco. Le han hecho veintitrés cortes en las piernas, los pechos, los brazos. Los tres del muslo son particularmente profundos.

—La sal —me dice entre sollozos.

—¿Sal?

—En... las heridas.

Miro los cortes. En todos ellos han puesto sal.

—Sacala. Pero no la tires. ¡Por favor! ¡Hacelo rápido!

El dolor debe de ser insoportable.

—No puedo, no puedo —digo sin poder controlarme.

—¡Hacelo antes de que se disuelva!

Poco a poco, voy sacando la sal, ayudada por los pliegues de mi ropa. En dos ocasiones la nueva se desvanece, pero yo continúo sacando la sal, porque... ¿qué más puedo hacer?

Cuando termino, he juntado un puñado de sal húmeda y teñida de sangre.

Aún no se ha levantado, Mariana. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero temo por su vida. La fiebre la hizo delirar durante horas.

Cuando nos traen la comida —el mismo guiso infecto de siempre, ese que nunca me atrevo a mirar con fijeza por temor a lo que pueda descubrir en esa bilis negra y espesa—, le humedezco los labios con un poco de agua y en un balbuceo me dice:

—Esta noche. No podría aguantar más tiempo. — Sus ojos negríssimos refulgen por un instante y luego se cierran acompañando una convulsión de dolor.

Continúa delirando durante horas, hablando sobre un lugar que no conozco, mencionando a un señor del que se siente esclava. Cada tanto, vuelve a preguntarme sobre la sal y la tierra.

Por fin, la fiebre remite un poco. La nueva se incorpora en el camastro y mira el montón de sal y la tierra amontonada en una esquina.

—No es mucho. Pero creo que alcanzará... espero que alcance, mi Señor... espero que alcance.

Por desesperación, he comenzado a creer en sus palabras. Algo va a suceder esta noche. Me escaparé, claro que lo haré. Y si no, la decepción me matará y por fin seré libre.

Ahora, la nueva duerme tranquilamente. Por momentos, transpira y tiritita, barbotando incoherencias sobre escupitajos, crucifijos y música de tambores. Temo que pierda la consciencia y que no pueda sacarme de acá.

En un momento, débil y sudorosa, vuelve en sí.

—Hay que hacerlo. No tengo fuerzas, pero hay que hacerlo. Este es el momento.

La nueva se desnuda. Luego se acuclilla en el centro de la celda con la sal entre las manos y con extremo cuidado deposita trece pequeños mojonos separados por espacios regulares hasta formar un círculo entorno a sí misma. Luego, con la uña hurga en una de las heridas de su muslo hasta que vuelve a manar la sangre y con ella dibuja extraños símbolos debajo de cada mojón.

Lo hace muy despacio, ralentizada hasta el extremo por un dolor más allá de toda descripción, atenazada por la incertidumbre pero con seguridad en sus movimientos, como si supiera lo que debe hacer pero desconfiase del resultado.

Por último, me pide que le alcance la tierra. Le paso cinco puñados, uno detrás de otro, y ella los coloca en el centro del círculo, justo debajo de su sexo, y hace un hueco en medio del montículo.

—Ahora —dice— no preguntés ni temás. Ellos vendrán y harán lo que deban.

—¿Ellos?

—Puedo convocarlos, pero no manejarlos. Su odio les obligará a hacer el resto.

No entiendo; tampoco quiero preguntar. Prefiero seguir con todo, aunque sea una farsa.

—¿Estás lista?

—Yo...

Sin importarle mi miedo, se acuclilla sobre el montículo de tierra y orina en el hueco mientras murmura extrañas palabras mezcladas con unas pocas que puedo comprender:

—Seis latidos antes de la muerte, seis para recuperar la fuerza y otros seis para adueñarse de su propio odio. Solo esperamos la gratitud de un camino que nos guíe fuera de esta oscuridad sin Señor.

Luego, inclina su cabeza hasta que la apoya sobre el mojón que tiene delante y permanece en esa posición, como congelada por una muerte repentina.

Nada sucede al principio. Luego se escuchan pasos y gemidos muy leves, lastimeros y temibles. Me asomo por la mirilla de la celda.

Son decenas. Grises, con las miradas perdidas y con las huellas de la tortura aún horadando su carne, iguales en todo a personas y en todo diferentes.

Voy a hablarles, pero la nueva me detiene:

—Harán lo que deban hacer. Nada de lo que les digas cambiará el curso de sus pasos.

Cuando vuelvo mis ojos a la mirilla, las mujeres de sombras ya no están. Han desaparecido por el estrecho corredor que conduce a la sala de torturas.

Es entonces cuando oímos el grito de alto, los disparos y los demás gritos. Hemos escuchado muchos en la sala gris, los nuestros y los de las otras, todos horriblos, terribles, desgarradores... Pero estos... estos son diferentes. Son gritos de gargantas destrozadas por el miedo, de bocas ahogándose en su propia sangre, de lenguas convirtiéndose en muñones.

Y luego, el silencio. Unos pasos rastreros, pasos quedos y calmos. Las sombras vuelven a pasar frente a nuestra puerta. Las miro sin poder dejar de hacerlo, atrapada entre el morbo y el terror. A sus magulladuras y mutilaciones ahora se suman las manchas de sangre que tiñen sus ropas desgastadas. La última silueta se desliza frente a la mirilla.

No te reconozco al instante; no me culpes: creía que nunca más te volvería a ver.

–Mariana... –te susurro.

–No la molestés –me dice en voz baja la nueva, pero ya es tarde. Te das la vuelta y me mirás con la sangre filtrándose entre los labios, que vuelven a ser rojos como cuando eran libres.

¡He deseado tanto volver a verte! Y sin embargo... ¿podrás perdonarme, Mariana? Un escalofrío recorre mi cuerpo al pensar en esa sonrisa monstruosa que se esconde detrás de tus labios, la boca de encías sanguinolentas y el muñón de tu lengua, porque ellos te la arrancaron en la última sesión de tortura, esa de la que nunca volviste.

Entonces, tu rostro se tuerce en el rictus de una sonrisa. Quiero apartarme de la mirilla, quiero tapar mi rostro, quiero arrancarme los ojos con mis propias manos con tal de no verlo, porque sé que no resistiré. Entonces, tus labios se separan y veo tus dientes, blancos y perfectos.

No hay coágulos ni muñones.

Solo dientes, níveos, intactos, teñidos apenas por la sangre que se disuelve en tu saliva.

Una sangre que no es tuya.